

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71 y 72.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

Cuaderno décimo de ocho entregas.

L47
2226

usted con calma, sin olvidar ni un solo instante que la mujer que firma la adjunta carta tal vez tenga ante la ley el derecho de la primacía.

»Es de usted siempre su respetuoso y leal amigo—Conde de la Fé.»

Don Fernando remitió la carta á doña Beatriz por un criado de la mayor confianza.

Luego esperó el resultado de aquel paso altamente grave, porque era indudable que la marquesa del Radio le contestaría.

À las doce menos cuarto de la mañana, el conde, que se hallaba almorzando, recibió una carta: era de doña Beatriz; decia así:

«Señor conde de la Fé.—La revelacion que usted acaba de hacerme es para mí de tal gravedad, que necesito tener con usted una entrevista para que me dé verbalmente algunas esplicaciones.

»Yo habia sospechado que mi esposo me engañaba; pero al leer la de usted, al meditar profundamente la carta que firma Ángela, un temor ha sobrecogido mi espíritu y una sospecha terrible sobresalta mi alma.

»El general salió de Madrid y me dijo que permaneceria ausente cuatro ó cinco dias.

»Ruego á usted tenga la bondad de venir á verme de una á dos de la tarde.

»Esta cita que le pido, tal vez sea una imprudencia; pero yo soy de aquellas mujeres que se rigen por su conciencia y no me detienen los necios temores.

»Espera á usted su segura servidora—Beatriz.»

—Difícilmente podría describirse la espresion de gozo que brilló en la fisonomía del conde de la Fé al leer la carta de la marquesa del Radio.

—Esperó con impaciencia la hora indicada, y á la una y cinco minutos un criado entraba la tarjeta del conde á Beatriz.

La marquesa recibió á D. Fernando en su gabinete; estaba sola y estremadamente pálida. Pero aquella palidez hacia resaltar mas la severa hermosura de la esposa del general Lostan.

El conde no habia visto á Beatriz desde aquella noche del teatro de la ópera que precedió á su segundo desafio con el general Lostan.

—He recibido esta carta,—dijo doña Beatriz con pausa, indicando una que se hallaba en el velador,—y supongo que tendrá usted que darme algunas esplicaciones...

—Señora marquesa,—contestó el conde inclinándose respetuosamente,—la casualidad me ha hecho poseedor de un secreto cuya revelacion ha de ser para usted de la mayor importancia. Por un momento, al recordar tiempos que pasaron para no volver jamás, dudé entre el silencio y la revelacion.

—Y optó usted por la revelacion escribiéndome una carta, ¿no es verdad, señor conde?

—Sí.

—Aunque sospecho que lo que usted tiene que revelarme me causará muchos disgustos, le doy anticipadamente las gracias y confío que no me oculte usted

nada. ¿Quién es esa Ángela? ¿Qué relaciones la unen con el general Lostan?

—Sospecho, señora, que los lazos indisolubles del matrimonio!

—¡Oh! ¡Imposible! ¡Imposible!

—Eso mismo me dije yo, señora, pero acabé por convencerme de que la desgracia era verdadera.

—¿Cree usted al general capaz de semejante infamia?

—Al hombre á quien devora una ambicion desmedida le creo capaz de todo. Pedro de Lostan, militar aventurero, ayudado por su audacia, protegido por la política, necesitó el apoyo de su padre de usted y no retrocedió ante nada por conseguirlo.

Doña Beatriz se llevó las manos á la frente; estaba pálida, y de vez en cuando un ligero estremecimiento agitaba su cuerpo.

Temia y deseaba al mismo tiempo oir las revelaciones del conde de la Fé, y su orgullo padecía lo que no es decible.

—Pues bien,—dijo con resolucion despues de una pausa,—no me oculte usted nada, Fernando. Comprendo que sus palabras pueden abrir una profunda herida en mi corazon, que tal vez levantará una muralla de hielo entre yo y el padre de mi hija, pero quiero saberlo todo.

—Á ser cierto lo que sospecho, á dar crédito á las palabras que oí á Ángela, el general ha cometido el delito de la bigamia, y desgraciadamente para usted, la ley concede todos los derechos y la primacia á la hermosa jóven que he conocido en Mohernando.

El conde refirió detalladamente las escenas que tuvieron lugar entre él y Ángela en aquel modesto pueblo.

Beatriz le escuchó profundamente conmovida; pero á manera que avanzaba en el relato Fernando, iban desapareciendo las lágrimas de sus ojos y serenándose su frente. Diríase que el orgullo de aquella mujer, herido de muerte, se avergonzaba de la debilidad que acababa de demostrar.

Cuando el conde terminó, Beatriz dijo:

—Veo que mi desgracia es cierta. Comprendo que si esa mujer reclama, el escándalo será grande y yo llevaré en este asunto la peor parte. Necesito, pues, verla; soy madre, tengo una hija y por ella debo sacrificar mi orgullo y mi carácter. En cuanto al general, si su infamia es cierta, todo habrá concluido entre los dos.

—Perdone usted, marquesa, si el interés que me inspira me obliga á dirigirle una pregunta: ¿qué piensa usted hacer?

—Esperar el regreso de mi esposo, tener con él una conferencia y luego ver á esa mujer.

—Pues bien, señora; no dude usted nunca que siempre me tendrá á su lado, dispuesto á servirla con el cariñoso desinterés de un hermano.

—El ofrecimiento que usted me hace, señor conde, es bastante espuesto, porque el general, al saber que su crimen no es un secreto, se revolverá airado contra el hombre que lo ha descubierto.

—El temor no me detiene nunca cuando cumplo con mi deber, señora. Vuelvo á repetirlo: estaré siempre á

sus órdenes, porque aun en el fondo de mi alma no se ha extinguido el recuerdo de otro tiempo para mí mas feliz que el presente.

El conde comprendió que nada le quedaba allí que hacer.

Prolongar aquella entrevista era tal vez matar el buen efecto que habia causado; saludó, y despues de pedir permiso para retirarse, salió del gabinete satisfecho de su obra.

Al llegar á la antesala exhaló un suspiro, y sonriéndose de un modo extraño, se dijo:

—Conozco á Beatriz; es orgullosa y no transigirá nunca con Lostan, que la ha puesto en ridículo.

En cuanto á mí, ya sé lo que me espera, y en verdad que lo deseo: me batiré por tercera vez con el general.

Y encogiéndose de hombros salió de casa de la marquesa.

CAPÍTULO VI.

Donde comienza el drama de familia.

La marquesa permaneció durante una hora inmóvil y profundamente preocupada.

Su situación era difícil y le aterraba la idea del escándalo.

—¡Oh! Lo mas triste, lo mas desesperado de mi situación,—se decía hablando consigo misma,—es que toda la vergüenza que yo puedo arrojar sobre el rostro de ese hombre infame, va á caer al mismo tiempo sobre mí y sobre mi hija. Necesito, pues, producirme con mucha prudencia, dominar el despecho que me devora, y ¡quién sabe si yo, la marquesa del Radio, tan orgullosa con mis timbres y mis pergaminos, me veré precisada á arrodillarme á los piés de esa Ángela, á quien no conozco, y de la que depende la honra de mi casa!

Beatriz vió pasar la mayor parte del día en estas y otras reflexiones no menos graves.

Comprendió que era imposible dar un solo paso sin ver antes al general Lostan.

Con frecuencia enviaba á su doncella á preguntar si habia llegado el general.

Dos dias, sin embargo, trascurrieron largos, interminables, mortales para la marquesa; por fin, como todo tiene su término, la doncella entró á decir á la marquesa que el general acababa de llegar.

—Vaya usted á decirle al señor marqués que tengo precision de verle al instante; que le espero en esta habitacion.

Algunos minutos despues, Pedro de Lostan, cubierto aun con el polvo del camino, entraba en el gabinete de su esposa.

Al general le bastó ver la severa frente de Beatriz y su mirada grave y sombría, para comprender que algun acontecimiento desagradable habia tenido lugar en su ausencia.

Durante un segundo la marquesa permaneció contemplando á su esposo sin dirigirle la palabra.

El general, que procuraba dominar el inquieto estado de su espíritu, rompió el silencio, diciendo:

—Ya lo ves, Beatriz, acabo de llegar y vengo á ponerme á tus órdenes, pues me han dicho que tenias que hablarme.

—Sí, general, tengo que hablar con usted, y quizá sea por la última vez.

El principio no era por cierto muy tranquilizador. Don Pedro se estremeció; era indudable que el mismo

que habia descubierto su secreto á Ángela lo habia revelado tambien á la marquesa.

La situacion se complicaba; la hora de la expiacion habia sonado para el general. Hizo un esfuerzo para serenarse, y acercando una silla al sofá donde se hallaba doña Beatriz, se sentó diciendo:

—Hable usted, señora. Si tan grave es la cuestion, salgamos de ella lo mas pronto posible.

—Ya habrá usted sospechado que voy á hablarle de una mujer llamada Ángela, que vive retirada en el pueblo de Mohernando.

Don Pedro, á pesar de su fuerza de voluntad y de la resolucion que habia tomado para mantenerse sereno, no pudo menos de estremecerse.

—Efectivamente, señora, apenas entré en este gabinete, desde el momento en que usted me dirigió la primera palabra, sospeché que me iba á hablar de Ángela; pero antes de que continúe nuestra entrevista voy á revelarles á usted el plan que he formado con una resolucion invariable.

—¿Y qué plan es ese, caballero?

—Cuando un hombre ha llegado á la altura que yo me encuentro, no se aviene fácilmente á descender de su alta posicion, ni puede permitir jamás que la sociedad le señale con desprecio y huya de él. Un enemigo oculto, que yo descubriré y sabré castigar, es causa de la profunda pena que hoy me aflige; usted, señora, estará en su derecho reprendiendo mi conducta y despreciándome, pero á usted, señora, mas que á nadie interesa el que que-

den en el mas profundo silencio las relaciones que me unen con esa Ángela que acaba de nombrar. Y no lo olvide usted nunca, el dia que mi secreto se haga público, tendré bastante valor para poner término á mi vida, y entonces la vergüenza de mi conducta salpicará algo la casta frente de nuestra hija. Ahora, dispuesto estoy á escuchar á usted y resuelto á no disculpar mi conducta.

—¡Y qué me importan á mí todas las palabras huecas de sentido que acaba de dirigirme!—repuso Beatriz con acento altanero.—¿Dejaria de quedar manchada mi frente y la de mi hija aunque usted se levantara la tapa de los sesos?... Necesito ver á Ángela, ¿lo oye usted, general? es indispensable que tengamos los tres una conferencia... que sepamos á qué atenernos. Ella tiene sus derechos, yo tengo los míos, y me seria imposible vivir sabiendo que la ley de los hombres se halla suspendida sobre mi cabeza.

—Está bien, señora, verá usted á Ángela,—contestó el general inclinando la frente y exhalando un suspiro.

—¿Dónde se halla esa mujer?

—En el pueblo de Horche.

—Partiremos hoy mismo. Disponga usted que enganchen mi silla de posta.

Y Beatriz salió del gabinete con la majestad de una reina ofendida.

El general lanzó un rugido, y tirando con rabia del llamador de la campanilla, dijo á su criado:

—Inmediatamente que enganchen mi coche de viaje: quiero salir de Madrid antes de dos horas.

Aquella misma noche, un carruaje tirado por cuatro poderosas mulas entraba, como vulgarmente se dice, desempedrando las calles en el modesto pueblo de Horche.

El coche se detuvo delante de la casa de Ángela y se apearon de él el general Lostan y la marquesa del Radio.

Difícilmente podríamos describir nosotros el efecto que aquella visita causó á la pobre Ángela. Ella, con ese lenguaje del corazon inspirado por el sentimiento, describió los acontecimientos de aquella noche en sus memorias.

Alma sencilla, corazon generoso, no vaciló un momento en sacrificarse por aquellos que habian causado su desgracia, como mas adelante tendrá ocasion de ver el curioso lector.

Poco antes que la luz del alba disipase las sombras de la noche, la marquesa y el general volvieron á subir en la silla de posta, abandonando el pueblo.

Al entrar en el carruaje, la marquesa, cuyos ojos estaban inundados de lágrimas, dijo con acento conmovido:

—Señor general, es usted indigno del amor que le ha profesado esa mártir. Un corazon tan puro, un alma tan bella no los merece un hombre como usted.

Lostan guardó silencio. Aquella reconvenccion le hacia mucho daño, pero le pareció justa.

Durante el viaje la marquesa no volvió á dirigir la palabra á su esposo.

Cuando llegaron á Madrid, doña Beatriz dijo secamente al general:

—Ya supondrá usted, caballero, que todo ha concluido entre nosotros; si no por usted, por mi hija estoy dispuesta á sacrificarme lo mismo que se sacrifica Ángela. Pero yo no soy tan resignada ni tan paciente: impondré mis condiciones. Si la sociedad se enterara del crimen que usted ha cometido, caería sobre nosotros la vergüenza y el oprobio. Dentro de algunos dias, con el fingido pretesto de la falta de salud me retiraré á vivir á mi casa de campo de Chamartin. Mi hija entrará en un colegio y usted vivirá solo y será libre su corazon y su voluntad.

—¡Ah Beatriz!

—No he concluido, caballero, y le suplico que no me interrumpa. Usted sabé que no he sido nunca aficionada al lujo ni á la ostentacion. Me gusta el retraimiento y no es un gran sacrificio para mí apartarme de esta sociedad, en donde no existe mas que la falacia y el engaño: todo lo sufriré gustosa por mi hija; pero exijo á mi vez que usted no reconozca nunca á su hijo Daniel, porque entonces mi pobre Clotilde no seria para la sociedad mas que una hija natural.

—Está bien, señora,—contestó Lostan exhalando un suspiro.

—Conmigo morirá el secreto cuya publicacion causaria la deshonra del general Lostan; pero si cometiera un rasgo de debilidad, si abriera las puertas de su casa á Daniel, ¡oh! entonces no me detendria ninguna consideracion. Conozco que esta exigencia envuelve una crueldad inaudita, pero soy madre, caballero, y antes que todo debo defender los derechos de mi hija.

—Pero, y si Ángela no nos cumple la palabra, si cuando ese niño llegue á hombre le revela...

—No lo hará, caballero; Ángela lleva impreso en el rostro el inmaculado sello de los mártires, y su alma es tan bella, que ha perdonado con una dulzura infinita á su mismo verdugo. Puede usted retirarse.

—Beatriz: conozco que es justo todo el desprecio que usted me arroja al rostro. Acataré resignado las condiciones que se me imponen, y si me queda algun derecho, si hay en el corazon de usted algun resto de compasion hácia mí, yo le ruego por nuestra hija que no abandone esta casa, que no se separe de mi lado.

—¡General!—esclamó doña Beatriz con indignado acento.—¿Me cree usted bastante infame para vivir bajo el mismo techo que el hombre que no es mi esposo? Vuelvo á repetirlo: todo ha concluido entre nosotros y serian inútiles cuantas súplicas me dirigiera.

—Pero al menos, señora, yo necesito saber el nombre de ese miserable que ha revelado á usted y á Ángela mi secreto.

—Ese hombre ha sido la Providencia y jamás le denunciarán mis labios.

—¡Oh! Yo sabré quién es.

—Pero no serán nunca mis labios los que pronuncien su nombre.

Y la marquesa, estendiendo el brazo con ademán severo, le señaló la puerta al general.

Don Pedro salió de la habitación de su esposa y se dirigió al gabinete.

Allí, durante una hora, con el semblante descompuesto, la mirada centelleante y el espíritu intranquilo, permaneció torturando su imaginación como una fiera encerrada en un círculo de fuego.

De vez en cuando levantaba las manos al cielo con ademán amenazador y exclamaba con acento bronco:

—Es preciso que yo mate al hombre que me ha vendido.

Pero Lostan no podía sospechar de nadie, porque á nadie había revelado su secreto. De repente, una idea cruzó por su cerebro y dejó caer la mano con fuerza sobre un timbre que se hallaba sobre la mesa.

Un hombre se presentó en la puerta del gabinete. Era Santiago, el criado de confianza del general.

—Escucha,—le dijo don Pedro con nervioso acento.

—Es preciso que te enteres de las personas que han venido á visitar á la marquesa durante mi ausencia: baja á la portería, pues tal vez el encargado de ella recuerde los nombres.

Santiago, sin responder una palabra, giró sobre sus talones con la gravedad de un veterano y salió de la habitación.

Poco despues volvió á entrar con un papel en la mano, que entregó al general diciéndole:

—Aquí están los nombres de las personas que han visitado á la señora marquesa durante la ausencia del general.

Lostan fijó los ojos con marcado interés en el papel. De repente lanzó un grito de gozo y dijo:

—¡Ah! Lo habia sospechado.

Y como si una idea aterradora cruzara por su cerebro, su semblante se cubrió de palidez y sus ojos despidieron una mirada vaga, medrosa.

—Pero, ¿cómo ha podido saber este hombre mi secreto? Estará escrito que yo le mate.

Y volviéndose bruscamente hácia el criado, exclamó:

—Vete: quiero estar solo.

El general se dejó caer en una butaca, apoyó los codos en la mesa y hundió la frente entre las manos.

—El conde de la Fé,—pensaba,—debe profesarme un odio de muerte. Si efectivamente sabe mi secreto, le creo muy capaz de publicarle para que el rigor de la ley caiga sobre mí, infamando mi nombre.

Esta idea aterraba al general.

El asunto no se reducía á batirse por tercera vez con el conde de la Fé.

Nada mas fácil que provocar á un hombre de honor, obligándole á que lave la ofensa con las armas en la mano; pero Lostan se encontraba en una situacion especial. El conde de la Fé podia, sin temor de que le tacharan de coharde, rechazar las proposiciones del general y decirle:

—He acreditado varias veces mi valor, pero hoy no quiero batirme con un hombre que se halla fuera de la ley, porque seria considerarle como un caballero cuando es solamente un infame.

¿Qué importaba, pues, el silencio de la marquesa, el sublime sacrificio de Ángela, si el conde de la Fé era una amenaza viva terriblemente suspendida sobre la cabeza del general?

Don Pedro, despues de algunas horas de torturar su imaginacion, de buscar en vano un resorte salvador, comprendió que era indispensable tener una entrevista con la marquesa y con Ángela para saber todo lo que el conde de la Fé les habia dicho de su secreto.

A pesar de la sequedad con que pocas horas antes doña Beatriz le habia despedido de su habitacion, el general no vaciló en escribirle algunas líneas concebidas en estos términos:

«Señora: suplico á usted, en nombre de nuestra hija, me conceda una audiencia de cinco minutos. Si usted se niega á recibirme, serán infructuosos todos los sacrificios que la marquesa del Radio y Ángela hagan por el desgraciado—Lostan.»

El general cerró la carta y la envió á su esposa.

Algunos segundos despues, el criado se presentó en la habitacion, diciendo:

—La señora marquesa espera á V. E.

CAPÍTULO VII.

Nuevos temores.

Doña Beatriz recibió de un modo frío, severo, al general. Al verle entrar le dirigió una mirada que parecía una reconvención.

—Señora,—dijo Lostan con acento pausado y triste, si el hombre que ha revelado á usted mi secreto es el conde de la Fé, serán inútiles todos los sacrificios que nos impongamos para que permanezca ignorado. Me he batido dos veces con el conde, me profesa un odio mortal y estoy seguro que aprovechará esta ocasion para vengarse cruelmente.

La marquesa comprendió que los temores del general eran fundados y que era preciso buscar un medio que lo conciliara todo. Sin embargo, guardó silencio.

Don Pedro volvió á decir:

—Cuando supe que el conde de la Fé habia hecho á usted una visita durante mi ausencia, ya no abrigué la menor duda de que él solo era el denunciador de mi delito. Ignoro cómo ha podido descubrir mi secreto, pero tengo la seguridad de que él lo ha revelado. Usted com-

prenderá, señora, que hay secretos que son, al descubrirse, una amenaza de muerte. Nada tan fácil como provocar al conde á un duelo y batirme con él. Tengo la seguridad de llevar en el lance la mejor parte, pero este duelo necesita una esplicacion, motivar la causa, y si el conde la dice, mi deshonra es segura. Mañana sabrán nuestros amigos la historia de Ángela y el comandante Pedro de Lostan. Así pues, señora, vuelvo á repetirlo: son inútiles todos los sacrificios que ustedes se impongan.

—No trataré de ocultar la verdad, caballero,—contestó la marquesa.—El conde de la Fé es el que me ha revelado parte del secreto que motiva nuestra separacion.

—¿Parte del secreto?—preguntó con interés el general.

—Sí, porque el conde ignora afortunadamente algunos detalles importantes de este misterioso y terrible drama, aunque sospecha toda la verdad.

—Una pregunta, señora. ¿El conde de la Fé ha visto á Ángela?

—Sí.

—Entonces, no ignora nada, y el escándalo y mi deshonra son seguros.

—Aun puede evitarse.

—¿Cómo, señora?

—Yo veré al conde.

—¡Usted!

—Es el único medio; el conde es un caballero y confío que no desoirá mis súplicas.

El general hizo un gesto de disgusto y añadió:

—¡Suplicar á ese hombre!...

—¿Y qué importa un momento de humillacion si con él salvamos nuestros nombres del oprobio y la vergüenza?

—Es que ese hombre, señora, amó á usted en otro tiempo, y puede tener exigencias en pago de su silencio.

—¡Señor general!—esclamó Beatriz con el semblante coloreado por el rubor.—No tiene usted derecho á dudar de mi honra. Si el conde de la Fé pusiera, como usted sospecha, un precio á mi silencio, entonces le arrojaria de mi casa como á un villano.

Don Pedro exhaló un suspiro. La situacion de aquel hombre, tan avezado á jugarse la vida, era horrible.

Doña Beatriz se puso á escribir y luego añadió:

—Escuche usted esta carta, general, no queda otro remedio que enviársela al conde de la Fé.

Y la marquesa leyó lo que sigue:

«Señor conde de la Fé: en nombre de Ángela y en el mio, le suplico que venga á verme á esta su casa tan pronto como esta carta llegue á sus manos.—Beatriz.»

—Mucho confía usted en ese hombre, señora,—dijo el general.

—Lo espero todo, caballero, y solo siento que Ángela no se halle á mi lado para que interponga sus súplicas con las mias, ya que las dos estamos interesadas en salvar la honra del hombre que nos ha vendido.

Y como el general permaneciera silencioso y anodado, doña Beatriz añadió:

—Puede usted retirarse. Despues de mi conferencia con el conde enteraré á usted del resultado.

Para un carácter altivo y enérgico como el de Lostan, la situacion en que se encontraba no podia ser mas terrible.

La carta que acababa de leerle doña Beatriz le humillaba de tal modo, que salió de la habitacion haciéndose á sí mismo el juramento de matar al conde.

Dejemos, pues, á Pedro de Lostan encerrado en su despacho, rugiendo como la fiera que ha caido en el lazo, y dejando pasar algunas horas, entremos nuevamente en el gabinete de la marquesa, siguiendo los pasos del conde de la Fé, que apenas recibió la carta se dispuso á acudir á la cita.

Doña Beatriz era una de estas naturalezas enérgicas que se crecen en el momento de la desgracia; de esas mujeres que pueden, sin temor de cometer la mas ligera debilidad, recibir á solas al hombre que amaron en otro tiempo, porque ni el despecho las ciega ni la idea de la venganza las ofusca.

Ella habia amado en otro tiempo al conde de la Fé; hija obediente y sumisa acató, sin desplegar los labios, la voluntad de sus padres.

El general Lostan habia cometido con ella una verdadera infamia, y sin embargo, sacrificándolo todo por su nombre, recibia al conde de la Fé con la serenidad de un alma tranquila y un corazon incorruptible.

—He recibido esta carta, señora,—dijo Fernando,—y me apresuro á ponerme á las órdenes de usted.

—Gracias, señor conde. He escrito á usted esas cortas líneas porque allá en el fondo de mi corazón creo oír una voz que me dice: El conde de la Fé es un caballero y no recurre en vano á su hidalguía una señora.

Aunque este principio pareció algo extraño á don Fernando, sus facciones permanecieron serenas y repuso de este modo:

—Doy á usted las gracias por el buen concepto que le merezco, y solo espero la ocasión de afianzarlo con mis obras.

—Ruego á usted, señor conde, tenga la bondad de sentarse, pues vamos á tratar de un asunto de la mayor importancia para mí y para mi hija: asunto en el que se hallan vivamente interesadas dos desgraciadas madres.

El conde acercó una silla al diván donde se hallaba la marquesa, y sentándose respetuosamente, añadió:

—Escucho á usted con el mayor interés.

—Usted ya sabe la violenta situación, el estado excepcional en que yo me encuentro; pero usted ignora la firme resolución que, tanto yo como Ángela, hemos adoptado para que el desprecio de la sociedad, al caer sobre un hombre que abusó de nuestra buena fé, no manche á su vez la purísima frente de nuestros hijos.

Beatriz hizo una pausa: la violencia que aquella revelación le causaba iba imprimiendo á su semblante una tristeza infinita.

Había en el acento doloroso y resignado de aquella mujer algo imponente.

El conde la escuchaba en silencio, porque hay momen-

tos en la vida en que la mayor elocuencia es el mutismo.

—Yo he tenido una entrevista con Ángela y ambas á dos hemos jurado guardar un silencio eterno, salvando de este modo la honra del general Lostan, que tanto daño nos ha hecho, y este sacrificio, impuesto, si no por él, por nuestros hijos, seria inútil, quedaria infructuoso, si usted, señor conde, publicara algun dia el secreto que la casualidad le reveló.

Fernando comenzaba á comprender el motivo de aquella cita; sin embargo, guardó silencio, porque la marquesa no habia concluido.

—Yo necesito, pues, señor conde, que usted me jure por la memoria de sus padres, que nunca ni á nadie revelará la historia del general Lostan y la de la madre de Daniel.

—Señora,—contestó con agitado acento don Fernando,—lo que usted me pide es un gran sacrificio.

—No olvide usted que ese gran sacrificio lo pido en nombre de mi hija, en nombre mio. Si la vergüenza y el oprobio cayeran solamente sobre la honra del general Lostan, yo hubiera guardado silencio.

—Es que usted ignora que ese hombre ha roto una por una las fibras mas sensibles de mi corazon: es que usted no sabe hasta qué punto odio á ese hombre.

—Lo sé todo y comprendo la inmensidad del sacrificio.

—Está bien,—contestó el conde despues de un momento de vacilacion,—juro á usted que morirá conmigo el secreto de Lostan; mis labios no revelarán el crimen del hombre que tanto odio.

—Gracias, Fernando, es usted un hombre generoso.

—Un momento, señora. Yo juro no revelar á nadie la historia de Ángela y Pedro de Lostan, pero nada mas ofrezco.

—¡No comprendo!...

—Procuraré explicarme, pues no quiero que nunca me diga usted que he faltado á mi palabra. Yo aborrezco al general. En otro tiempo amaba con toda mi alma á una mujer, y el general, despreciando los sagrados derechos que sobre ella tenia, me robó su cariño, y viéndome herido y moribundo, huyó con la pérfida. Pasaron algunos años, y usted sabe que mi única ambicion, mi constante deseo lo cifraba en dar á usted el dulce nombre de esposa al pié de los altares. Pedro de Lostan se interpuso, como siempre, en el camino de mi felicidad y me batí con él por segunda vez. Desde entonces, se apoderó de mi corazon el deseo de venganza. Hoy puedo satisfacerlo, romper en pedazos su honra, arrojar sobre él un vergonzoso sambenito, hacer que los tribunales manoseen su nombre y su honra, y usted me pide que guarde el secreto, que perdone al mismo que tanto daño me ha hecho: juro, pues, que no ha de denunciarle mi lengua; pero no por eso desisto de mi venganza.

—¿Pero cómo entiende usted la venganza?

—De muchos modos, señora; pero puede usted vivir tranquila, el crimen de Lostan será un secreto para todos. Yo ofrezco no matar su honra, pero mataré su cuerpo ó su felicidad, si puedo.

—¿Y qué me importa á mí la felicidad del hombre

que ha destrozado la mia? Respetando nuestro secreto es usted dueño de hacer lo que guste.

El conde repitió su juramento, y tranquila doña Beatriz sobre este punto, dió fin á la entrevista, ofreciendo escribir aquella misma noche á Ángela, tan interesada como ella en la caballeridad del enemigo personal de Lostan.

Don Fernando salió de casa de la marquesa irritado consigo mismo.

—¡Ah! Soy un imbécil,—se dijo cuando se halló en la calle,—puedo vengarme de ese hombre y lo perdono, puedo hacer trizas su honra, inutilizarle, y le tiendo una mano; pero he dado mi palabra y sabré cumplirla.

Algunos dias despues, el conde de la Fé y el general Lostan se hallaron en la embajada francesa. Comenzó á hablarse de política; el ministerio estaba en crisis y se decia si seria nombrado Lostan ministro de la Guerra.

El conde de la Fé dijo con acento altanero:

—El ministerio que segun se dice debe sustituir al que hoy gobierna, no es posible que haga la felicidad de España.

—¿Y por qué, señor conde?—preguntó vivamente ofendido el general.

—Porque se compone de unos cuantos hombres ambiciosos que han crecido por medio de los pronunciamientos y las bajezas.

—Señor conde, usted sin duda ignora que se me ha ofrecido una cartera.

—Al contrario, general, lo sabia perfectamente.

—¡Ah! Entonces...

Don Pedro se detuvo, sus ojos brillaron de un modo siniestro.

El conde de la Fé mantuvo la irritada mirada del general sonriéndose.

Aquella sonrisa era un insulto y Lostan comprendió que su antiguo enemigo buscaba un lance.

Aquella misma noche se arreglaron las condiciones del tercer duelo entre el conde de la Fé y el general Lostan.

Como siempre, el conde llevó la peor parte, y esta vez la herida fué tan grave, que puso en peligro su vida.

La bala le habia roto el cráneo. Los médicos desconfiaban de salvarle.

Cuando la marquesa supo el estado en que se encontraba el conde, temió que, ó bien irritado ó bien por efecto del delirio, cometiera una imprudencia.

Calculó que seria prudente tener una persona de su confianza junto á la cabecera del herido, y como ella no podia trasladarse á casa del conde sin que este acontecimiento produjera un escándalo en Madrid, escribió precipitadamente á Ángela, dándole parte de lo que habia sucedido y de los temores que abrigaba.

Ángela dejó á su hijo Daniel al cuidado de su vieja criada y se trasladó á Madrid.

La pobre madre, como la marquesa, tenia sumo interés en que no se estendiera el secreto que la unia al general Lostan.

Cuando llegó á Madrid, tuvo una entrevista con doña Beatriz, y seguidos sus consejos, se trasladó en calidad de enfermera junto al lecho del herido.

Mientras tanto, el ministerio, que estaba en crisis, se afianzó, gracias á una de las infinitas y caprichosas evoluciones de una reina ingrata, y el general Lostan, que ya se creía ministro de la Guerra, recibió un pasaporte para las islas Canarias.

El conde comenzó á restablecerse, y fué grande su asombro viendo á Ángela junto á la cabecera de su cama haciendo las veces de una piadosa hermana de la Caridad.

—¡Usted aquí!—le preguntó con débil acento.

—Me precio de agradecida, señor conde, y al saber que estaba usted herido, me presenté en esta casa suplicando me concediesen la plaza de enfermera.

Y sonriéndose, como pudiera hacerlo un ángel, añadió:

—Usted me ofreció un día ser mi hermano, yo espero demostrarle que no hizo en balde el ofrecimiento. Justo es, señor conde, que hoy acepte los cuidados de una hermana.

Ángela permaneció cerca de un mes cuidando con fraternal solicitud al conde.

Cuando el herido entró en la convalecencia, le dijo:

—Vamos á separarnos para siempre, señor conde, pero antes tengo que pedir á usted dos cosas.

Fernando, que amaba y respetaba á aquella mujer, verdadera mártir del amor, contestó:

—Yo no puedo negar á usted nada, Ángela.

—Así lo espero,—añadió Ángela.

—La escucho á usted con interés.

—En primer lugar, señor conde, quiero que borre usted de su memoria que el general Lostan es el padre de mi hijo Daniel, que no revele usted á nadie la historia que me une con ese hombre.

—Se lo he ofrecido á usted, y aunque me cueste un gran sacrificio, no se abrirán mis labios para denunciar su crimen.

—Y en segundo lugar, que no se tome usted la molestia de pensar en Ángela, pues no volveremos á vernos jamás.

—Ese es otro gran sacrificio, señora.

—Pero indispensable para mi tranquilidad. Voy á retirarme á un pueblo donde estoy resuelta á vivir ignorada con mi hijo hasta que el general Lostan decida de mi suerte.

—Pero ese hombre no merece tan noble y grande sacrificio.

—¡Dios juzgará mi conducta!... Dios juzgará la de Pedro. Si el destino me reserva una vida de soledad y de amargura, sabré soportarla con resignacion; pero si en mi última hora usted vive y mi hijo no ha encontrado un padre amoroso que le proteja y cuide de su porvenir, Ángela no vacilará en relevar al conde de la Fé de los juramentos que ahora le exige, y recomendándole su hijo, morirá tranquila confiando en su generosidad.

El conde de la Fé admiró á aquella mujer que con

tanto valor se sacrificaba por librar de la vergüenza al hombre á quien amaba, y le juró guardar el mas profundo silencio.

Aquel mismo dia, Ángela abandonó á Madrid y fué á refugiarse en su modesta casa de Horche, en donde la hemos visto por la primera vez.

Despues trascurrieron algunos años. El general Lostan, emigrado unas veces y siendo poder otras, pasaba esa vida agitada de la política que todo lo absorbe.

Mientras tanto, la marquesa, desterrada voluntaria en Chamartin, veia todas las semanas á su hija Clotilde, único consuelo del general, que no quiso separarse nunca de aquella hermosa y encantadora niña que tanto poder ejercia sobre él.

Despues de los antecedentes que hemos consignado en el libro titulado *Cabos sueltos*, para poner al corriente á nuestros lectores de ciertos episodios indispensables, volvamos á continuar la narracion de nuestra historia en el mismo punto que la suspendimos.

LIBRO SÉPTIMO.

El principio de un drama.

LIBRO SÉPTIMO.

El principio de un drama.

CAPÍTULO PRIMERO.

El jinete del caballo inglés.

Daniel, aunque bastante preocupado con la historia de Margarita, que le habia contado su protector, se dirigió á la Castellana montado en el magnífico caballo árabe que le habia destinado el conde de la Fé.

Su único objeto era ver á Clotilde y no tardó mucho en encontrarla, pero le llamó la atencion un jóven que, montado en un caballo inglés, paseaba junto á la carretela de la hija del general Lostan.

Hay hombres que la primera vez que los vemos nos producen un efecto desagradable, como si el corazon nos anunciara que en el trascurso de la vida pueden sernos fatales.

Daniel, sin explicarse la causa, sintió algo repulsivo contra aquel jóven que ajustaba el paso de su caballo al paso de la carretela de Clotilde.

Creyó notar que fijaba con demasiada insistencia sus miradas en Clotilde y se propuso espiar todas sus acciones.

Clotilde iba aquella tarde acompañada de su aya, y

no era difícil advertir en su hermoso semblante algo de distracción, de triste melancolía.

Durante una hora, el joven del caballo inglés no se separó de la carretela del general Lostan, y siempre los ojos del jinete permanecían fijos en Clotilde.

Esta tenacidad disgustaba á Daniel lo que no es decible; pero como no se conceptuaba con el derecho de prohibirle que mirase á Clotilde, guardaba su disgusto en el fondo de su corazón y seguía cabalgando en el lado opuesto, cometiendo á veces la imprudencia de mirar á su rival imaginario de un modo algo inconveniente.

Mientras tanto, Clotilde había observado que el joven del caballo inglés, á quien le parecía haber visto en otra parte, se había propuesto no separarse de su carruaje, y como la tarde comenzaba á declinar, dió la orden al cochero de regresar á casa.

Poco después, Daniel, disgustado con aquel contratiempo, entraba en el comedor del conde de la Fé, en donde éste le estaba esperando.

Á los veinte años no se tiene bastante filosofía para disimular las impresiones del alma, ocultándolas bajo la fría y desdeñosa sonrisa de la indiferencia.

El conde y su protegido se sentaron á la mesa, y como Daniel no hablara una palabra, don Fernando, después de haber estudiado algunos momentos el taciturno rostro de Daniel, habló de este modo:

—¿Qué es eso, estás de mal humor? ¿Te sucede algo bastante grave para que turbe la envidiable alegría de la juventud? No me ocultes nada.

—Esta tarde he tenido un contratiempo, mi querido protector,—contestó Daniel fingiendo una sonrisa.

—¡Hola! ¡hola! Ya habia yo adivinado en tus ojos que alguna idea te preocupaba, y desearia saber qué es ello.

—Creo que tengo un rival,—contestó Daniel.

—Nada tan fácil como eso desde el momento en que se ponen los ojos en una mujer bonita. No me ocultes nada, pues ya sabes que yo puedo darte un buen consejo, hijo de mi mucha experiencia.

—Pues sí, querido protector, esta tarde he tenido que sufrir las impertinencias, ó por mejor decir, la tenacidad de un jóven que no conozco y que ha estado galopando por espacio de hora y media junto á la carretela de Clotilde.

—¿Pero tú has observado si entre Clotilde y ese jóven desconocido se ha cambiado alguna seña, alguna mirada de inteligencia que pueda inspirarte recelos?

—He creído observar que Clotilde estaba como triste, preocupada, si bien es verdad que de vez en cuando dirigia sus miradas hácia el sitio donde estaba el jóven desconocido.

—Eso no es bastante para que un enamorado conciba sospechas: se necesitan motivos mas fuertes, mas claros. Pero créeme, Daniel, si amas á la hija del general Lostan, y la amas lo suficiente para que preocupe y llene con su amor tu corazon, no pierdas el tiempo, y aprovechando la primera ocasion que se te presente, la diriges unas cuantas frases de esas que van al alma, y el amante puede quedar escluido en una noche.

—Sí, sí, yo bien conozco que es una ridiculez, una necedad tener celos de una mujer á quien no le hemos dirigido ni una palabra. ¿Qué derecho tengo yo para estar celoso de ese jóven desconocido?

—Me gusta oírte raciocinar de ese modo; pero no solamente no tienes ningun derecho, sino que es muy fácil que ese jóven desconocido los tenga para prohibirte que vayas á interrumpirle cabalgando en derredor de la carretela de Clotilde.

—¿Cree usted que será el amante de Clotilde?

—Yo no creo nada, pero me parece que cuando con tanto empeño pasea junto á la carretela y sin apartar los ojos de la hija del general Lostan, nada tendria de particular que entre los dos existiese alguna inteligencia. Así pues, querido Daniel, vuelvo á repetirte como siempre: no pierdas el tiempo.

—Sí, pero para declararme á una jóven como Clotilde se necesita una ocasion, y yo no la he tenido.

—El amor generalmente se declara de dos modos: ó de palabra ó por escrito. Para declararse un hombre de palabra, necesita, como tú acabas de decir, una ocasion: para declararse por escrito, la tiene siempre, si puede disponer de algun dinero para comprar los escrúpulos de algun criado ó de una doncella. Si quieres declararte por escrito, puedes hacerlo cuando gustes; si quieres decirla que la amas, de palabra, nada mas fácil, puesto que esta noche se da el baile en los salones de la embajada inglesa y yo puedo llevarte allí.

Daniel guardó silencio por algunos segundos.

El conde acababa de indicarle los dos caminos que podian conducirle á la derrota ó á la victoria.

El miedo y el deseo luchaban de un modo rudo, violento, en el corazon del huérfano.

La incertidumbre es una enfermedad sin calentura que devora las horas de placer de la vida, y sin embargo, muchas veces preferimos la incertidumbre á la realidad.

Daniel, despues de un momento de vacilacion, contestó:

—Si la casualidad me presenta una ocasion, yo ofrezco á usted que esta noche hablaré á Clotilde.

—Despues de todo, es el camino mas recto, y no olvides un solo instante, cuando hables con esa jóven, que eres el ahijado, tal vez el heredero del conde de la Fé. La humildad y la modestia ganan poco terreno en estos casos; si Clotilde es rica, tú puedes serlo tambien. Trátala, pues, de igual á igual, pero con el respeto y las consideraciones que se deben á una dama.

.

Aquella misma noche el conde de la Fé presentó á su ahijado en los salones de la embajada inglesa.

Lo mas florido, lo mas aristocrático de la sociedad madrileña se hallaba reunido en la embajada inglesa.

Daniel, que al principio pisó aquellas ricas alfombras con alguna prevencion, reanimado por las oportunas advertencias de su protector, fué adquiriendo la soltura y el aplomo necesarios, para pasar, á los ojos de

aquella inmensa familia de elegidos, por un hombre bien educado y avezado al trato de gentes.

Con tanto asombro como alegría, encontró en los salones del embajador á su amigo Julio de Monforte, y tuvo con él rápidamente el siguiente diálogo:

—Querido Julio, ¿tú aquí?

—Debe parecerte extraño, porque yo, desgraciadamente, no pertenezco á ninguna de las tres aristocracias; ni soy rico, ni noble, ni hombre de talento, pero Clotilde se ha empeñado en que venga á acompañar á mi hermana y aquí me tienes como una planta exótica espuesta á perecer.

—Pues á mí me sucede poco mas ó menos lo mismo que á tí: mi ilustre protector se empeña en que brille y me agite en esta sociedad, y yo suspiro por la soledad y la quietud.

—Sin embargo, aquí tendrás ocasion de ver á Clotilde.

—Solo esa esperanza ha vencido mis escrúpulos.

—Entonces vuelve los ojos: allí la tienes.

En este momento Clotilde se dirigia al piano. Un jóven le daba el brazo, acompañándola hasta el taburete.

Julio advirtió que su amigo se estremecía, y dejando asomar á sus labios una sonrisa cariñosa, dijo en voz baja:

—Mucho efecto te causa.

—¿Quién?

—¡Toma! Clotilde. ¿Crees tú que yo no sé por mi

hermana que todas las tardes en la Castellana te colocas junto á su coche y no la pierdes de vista ni un instante?

—No trato de negarlo; pero no es Clotilde la que me ha causado esa viva impresion.

—¿Pues quién?

—El jóven que la acompaña. ¿Le conoces tú?

—No le he visto nunca.

—Es preciso que yo conozca á ese hombre.

—Si tanto interés tienes en ello, no creo que ha de sernos difícil. Yo se lo preguntaré al duque de San Plácido, que conoce á toda la sociedad madrileña.

—Me han dicho que el duque visita diariamente á Clotilde.

—Clotilde, mi hermana y el duque de San Plácido han tenido que reunirse precisamente para estudiar el *Ave-Maria* de Gounod, que esta noche tendremos el gusto de oir ejecutar al órgano, al piano y al violin.

Daniel no apartaba los ojos del jóven desconocido, que, de pié junto al piano, cambiaba en voz baja alguna que otra palabra con Clotilde.

Mientras tanto, cundió la noticia por el salon de que iba á tocarse el *Ave-Maria* de Gounod; se restableció el silencio y comenzó la música.

Durante la sublime pieza, que una melodía de Bach inspiró al célebre autor del *Fausto*, los espectadores demostraron su entusiasmo varias veces con sus bravos y con sus palmadas.

Difícilmente hubieran podido encontrarse tres cabezas mas hermosas y de espresion mas verdaderamente

inspiradas que las de Blanca, Clotilde y el duque de San Plácido.

La inspiracion, la ternura, el sentimiento, jamás se vieron tan admirablemente espresados como aquella noche en la embajada inglesa.

Daniel, con la mirada fija en Clotilde y el corazon palpitante, no se atrevia ni á respirar.

Cuando la pieza terminó, el jóven desconocido, que turbaba con su presencia la alegría del huérfano, ofreció el brazo á Clotilde y la condujo á los divanes donde se hallaba la marquesa.

Aquella tenacidad hacia un daño horrible á Daniel, y como si deseara respirar mas libremente, dijo en voz baja á su amigo Julio:

—Salgamos del salon.

—¿Pero dónde quieres ir?

—Donde no vea á ese hombre, donde la claridad de tanta luz no me deslumbre.

—Entonces, vamos al saloncillo de los fumadores.

—Sí: vamos donde quieras.

Los dos amigos salieron del salon. Julio condujo á Daniel á una habitacion inmediata, destinada á los fumadores. Allí se hallaban varios caballeros sentados en divanes y en butacas, saboreando las delicias del tabaco, de ese vicio convertido en humo que importó á España por primera vez el marino Sancho Mundo.

Daniel buscó con una mirada el sitio de aquel salon donde pudiera con mas libertad conversar con su amigo y fueron á sentarse á uno de los ángulos mas lejanos de

la puerta; pero Daniel, preocupado con las ideas que agitaban su mente, no habia visto al general Lostan, que, apoyado en el mármol de una cómoda, conversaba con dos ó tres caballeros.

Sin embargo, el general Lostan vió á Daniel, y en su rostro sereno apareció momentáneamente un signo de disgusto.

Los dos amigos se apoderaron de uno de los divanes y comenzó entre ellos en voz baja el siguiente diálogo:

—Querido Julio, ¿crees tú que yo soy un verdadero amigo tuyo, lo que se llama un hermano del corazon?

—¿Por qué me diriges esa pregunta?

—Porque necesito de tí como del aire que respiro, y si tú hoy, como en otro tiempo, no eres mi mejor amigo, mi hermano del corazon, seria inútil que te revelara el estado de mi espíritu y la inquietud que me devora.

—¿Qué puedo hacer yo por tí?

—Mucho.

—Habla, pues, y mi conducta responderá por todo.

—Seria en vano que tratara de ocultarte que amo á Clotilde con toda mi alma.

—Lo he sospechado desde el primer dia que te encontré en Madrid; pero continúa.

—Yo comprendo que es un atrevimiento inaudito alimentar este amor, tal vez imposible, dentro de mi corazon; pero debo y quiero hablarte con la franqueza de un hermano. El conde de la Fé me alienta á que continúe en la empresa, dejándome entrever en lontananza un risueño porvenir.

—No te comprendo.

—Dices bien: estoy tan escitado, que no hablo con la claridad que requiere el caso. Comenzaré, pues, por decirte las razones que tengo para alimentar en mi pecho la esperanza de que es una locura fijar los ojos en Clotilde. El conde de la Fé me ha ofrecido nombrarme heredero de su gran fortuna, y esto, como comprenderás, me coloca en situacion de tener aspiraciones. Si yo, Daniel el huérfano, sin mas patrimonio que una carrera comenzada y no concluida, y las cuatro paredes del casucho que me dejó mi pobre madre al morir, me presentara al general Lostan á pedirle la mano de su hija, con justa razon podria mandar á sus criados que me arrojasen á palos de su casa. Pero el hijo adoptivo y el heredero del conde de la Fé se halla en otras circunstancias.

—¿Estás seguro que el conde de la Fé te nombrará su heredero?

—Así me lo ha ofrecido.

—Entonces nadie puede tachar de ridículas tus pretensiones.

Si Daniel hubiera tenido en aquel momento mas tranquila la imaginacion y el espíritu, hubiera podido notar que las últimas palabras de Julio respiraban sentimiento.

—Tú, querido Julio,—añadió Daniel,—puedes en esta circunstancia servirme de mucho.

—Estoy á tus órdenes.

—Sabido es que cuando dos jóvenes contraen una

amistad como la que une á Blanca y Clotilde, reina entre ellos la confianza y se comunican todas las impresiones de sus almas. Si Clotilde ama á alguien, es indudable que tu hermana lo sabe.

—¡Ah! no siempre sucede lo que dices.

—¿Quieres tú que no se comuniquen hasta el mas recóndito de sus pensamientos esas dos jóvenes, cuyas almas hace gemelas la juventud, la pureza y el entusiasmo?

—Yo creo tambien, como tú, que Blanca y Clotilde se aman porque se han comprendido, porque el dulce beso de las simpatías y de la música las une; pero cuando se trata del amor, la mujer es muy reservada y suele ocultar sus impresiones aun á aquellos que mas confianza y mas cariño le inspiran.

—No, no es posible que exista un secreto entre la hija del general Lostan y tu hermana.

—Pero ¿y si existiera?

—Julio, parece que te complaces en atormentarme.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Que preguntes á tu hermana si Clotilde ama á alguien, porque ese jóven, que ví ayer por la vez primera en la Castellana y que esta noche no deja ni un momento á Clotilde, me inspira grandes temores.

—Aunque es bastante delicada la comision que me das, procuraré desempeñarla lo mejor posible: hablaré esta noche á mi hermana y mañana sabrás á qué atenerle.

En este momento entró el conde de la Fé, buscó á Daniel, lo vió y le dijo acercándose:

—Ven, Daniel, tienes una buena ocasion y no debes desperdiciarla.

El conde dió el brazo á Daniel y saludó á Julio, y éste, que iba á salir del salon de fumar, vió que venia á su encuentro el general Lostan y que le decia cogiéndole suavemente de un brazo:

—Un momento, jóven... tenemos que hablar.

CAPÍTULO II.

Donde el general concibe una sospecha.

El general condujo á Julio hasta el mismo divan donde poco antes habia estado hablando con Daniel y le dijo:

—Supongo, señor Monforte, que no tendrá usted inconveniente en concederme algunos minutos de atencion.

—Con mucho gusto, general, y puede usted creer que seria inmensa mi felicidad si alguna vez pudiera serle útil.

—Entonces, se le ha presentado á usted esa ocasion,—contestó Lostan sonriéndose.

—Escucho con la mayor impaciencia, porque nada puedo negarle al hombre generoso que ha librado del hambre y de la desesperacion á mi madre y á mi hermana.

—Julio, no hablemos del pasado. Hace poco le ví á usted conversando en este mismo divan con un jóven. ¿Es usted amigo de él?

—¡Ah! Si, general, somos casi hermanos.

—Perfectamente, porque eso me indica que no habrá secretos entre ustedes dos.

—Daniel me ha contado siempre sus penas y sus alegrías, como yo le he contado las mías.

—¿Se llama Daniel ese jóven?—preguntó el general fingiendo una indiferencia que estaba bien lejos de sentir.

—Sí, Daniel Cantero.

—He oído decir que es huérfano.

—Murió, hace escasamente dos meses, su madre; en cuanto á su padre, no ha tenido la fortuna de conocerle nunca.

El conde se llevó la mano á la frente para disimular su turbacion.

—Tambien me han dicho que el conde de la Fé le ha abierto las puertas de su casa.

—No solo le ha abierto las puertas de su casa, sino que además le ha señalado una pension mensual de cuatro mil reales y mandado que se ponga un coche y un caballo de silla á disposicion de su ahijado.

—¿Y no le parece á usted todo eso muy extraño?

—Efectivamente, general, es bastante inverosímil encontrar un protector tan espléndido, y no es á Daniel á quien menos ha asombrado la generosidad del conde de la Fé.

Julio no tenía motivo para sospechar el interés que envolvian las preguntas del general, que meditaba sus palabras procurando disimular el estado de su espíritu.

—He oído decir,—añadió Lostan,—que ese jóven es huérfano.

—Sí, el pobre Daniel no ha tenido la fortuna de conocer á su padre. La historia de su nacimiento ha sido siempre un secreto para él, y muchas veces, del generoso y noble pecho de mi amigo se escapa un grito de indignacion que acusa, con justicia, al autor de sus dias.

—Pero el conde de la Fé ¿tendrá un motivo para proteger de una manera tan espléndida al huérfano?—preguntó con vivo interés el general.

—Daniel no tiene secretos para mí: algunas noches viene á verme, y allí, en el seno de la familia, nos habla con el lenguaje franco y verídico del alma, y siempre nos dice lo mismo: «Mi protector es el hombre mas bueno del mundo. Yo no pagaria los beneficios que de él recibo, dándole toda la sangre de mis venas, hasta la última gota. Si algun dia tengo la desgracia ó la fortuna de encontrar á mi padre, quién sabe si podré amarle tanto y respetarle como al conde de la Fé.»

—¡Ah! ¿Luego Daniel tiene la esperanza de encontrar al autor de sus dias?

—Yo me alegraria mucho que no le encontrara, general,—contestó Julio.

—¿Y por qué razon, amigo mio?—preguntó el general vivamente interesado.

—Porque Daniel no podria amarle como un buen hijo.

—¿Puede aborrecerse á un padre?—preguntó don Pedro.

—Cuando el padre se porta tan villanamente como el que dió el sér á Daniel, el aborrecimiento del hijo es disculpable.

El general Lostan no podia estar tranquilo siendo el conde de la Fé el protector de Daniel, porque aunque el conde de la Fé habia cumplido lealmente á Ángela y á la marquesa el juramento empeñado, el general no ignoraba el ódio profundo que le profesaba el conde.

Era indudable que tramaba algun plan, y esto le tenia sobresaltado; con la esperanza de que Julio de Monforte esclareciera con alguna revelacion importante sus sospechas, le habia detenido, pero la escena comenzaba á tomar un carácter poco agradable, y al general, que se sentia violento, le pareció oportuno terminarla con estas palabras:

—Vuelvo á repetir lo mismo, señor Monforte: la proteccion que el conde de la Fé presta al huérfano Daniel, me parece doblemente estraña, atendido el carácter escéptico y descreido del protector. Créame usted, en todo esto debe haber algun misterio que, ó Daniel no ha descubierto, ó que si lo ha descubierto se lo oculta á usted.

—Puedo asegurar á usted, mi general, que mi amigo es tan ingénuo y abriga un corazon tan sencillo, que no le creo capaz de ocultarme nada. Los primeros dias que permaneció en casa del conde de la Fé, concibió la sospecha de que su protector conocia á su padre; pero esa sospecha se ha desvanecido, y solo espera que la casualidad le revele el nombre del autor de sus dias.

El general cambió algunas otras palabras con Julio de Monforte y se dirigió al salon.

Julio buscó á su amigo Daniel, que solo, y casi ocul-

to en uno de los ángulos del salón, no apartaba los ojos de Clotilde, envidiando sin duda por la primera vez de su vida á algunos jóvenes elegantes que rodeaban á la hija del general Lostan, dedicándole palabras llenas de galantería por la admirable ejecucion con que habia tocado el *Ave-Maria* de Gounod.

Entre aquellos jóvenes, el que mas bullia, el que mas hablaba, era el mismo que hemos visto en la Fuente Castellana cabalgando junto al carruaje de Clotilde.

Daniel no tuvo ya duda alguna de que aquel joven amaba á Clotilde, y aunque no tenia ningun derecho para oponerse á este amor, sentíase disgustado y dispuesto á demostrarle al desconocido lo antipático que le era.

Cuando Julio se acercó para reunirse con su amigo Daniel, le dijo:

—Antes me has dicho que no conocias al joven que acompañó al piano á Clotilde, pero que preguntarias quién era al duque de San Plácido.

—Sí, ¿quieres saberlo?

—Te lo agradecería con toda el alma.

—Entonces, espérame un instante.

—Algunos minutos despues, Julio volvía á reunirse con su amigo.

—El joven que te preocupa es Ernesto de Fontana, baron de no sé qué, no recuerdo el título que me ha dicho San Plácido.

—¡Ah! ¿Es noble?

—Sí, uno de esos nobles que se comen alegremente

en pocos años la fortuna que les costó mucho tiempo de reunir á sus abuelos. Parece ser que Ernesto se encuentra entre las garras de algun usurero y pretende reponer el mal estado de su erario con una buena boda. Segun mis informes es enemigo poco temible.

Las palabras de Julio de Monforte no tranquilizaron del todo á Daniel. La obsequiosa tenacidad con que Ernesto perseguia á Clotilde, le disgustaba, y recordando los consejos de su protector, se dispuso á aprovechar el tiempo.

Daniel tenia una ventaja, ó por mejor decir, un buen conducto para que Clotilde supiese que la amaba: Blanca de Monforte, que le queria como á un hermano.

Permaneció, pues, acechando en el mismo sitio, sin inspirar sospechas, hasta el momento en que Clotilde fué de nuevo á sentarse en el taburete del piano, acompañada de Ernesto, que, como hemos dicho, era un joven tenaz en sus empeños.

Entonces Daniel fué á sentarse al lado de Blanca.

—¡Ah! ¿Por fin te dignas venir á saludar á tu hermana adoptiva?—le dijo Blanca con su voz dulce y simpática.

—Hace mucho tiempo que tenia en tí fijos los ojos, pero como estaba aquí Clotilde, no me atreví á interrumpir vuestra conversacion.

—¿Cómo? ¿Te inspira miedo mi amiga?

—¿Me permites que te dirija alguna pregunta?

—Todas las que gustes.

—Pues bien, Blanca, yo necesito de tu proteccion: recuerda que hemos jurado querernos como hermanos,

y que desde que me quedé huérfano doy el dulce nombre de madre á tu madre.

—Pero, ¿dónde vas á parar con esa introduccion?

—Escucha, y perdona si encuentras alguna incoherencia en mis palabras. Por la edad, por las inclinaciones y por la pureza de vuestras almas, yo sé que habastado veros para que os una á tí y á Clotilde la amistad mas verdadera, el cariño mas profundo.

—Es que Clotilde es un ángel,—contestó con precipitacion Blanca,—y su alma no sabe mas que amar.

—Te suplico que no me interrumpas: lo que voy á decirte es para mí de la mayor importancia. De esta conversacion tal vez dependa mi felicidad y mi porvenir, y tú puedes evitar que yo dé un paso imprudente, que podria causarme muchos y graves disgustos.

—¡Por Dios, Daniel! Tus palabras me sobresaltan. Dime de una vez lo que quieres.

—Sospechando que Clotilde no tiene secretos para tí, necesito que me digas si ama á ese impertinente Ernesto de Fontana, que la persigue y asedia por todas partes.

—¡Ah! ¿Aludes al baron de Labra?

—Sí, ese jóven moreno, alto, que la ha acompañado al piano dos veces y que he visto en la Castellana junto á su carruaje.

—Sí, efectivamente: parece ser que Ernesto se muestra, de pocos dias á esta parte, muy galante con Clotilde, pero puedo asegurarte que Clotilde se ocupa poco de las galanterías del baron.

—¡Ah, Blanca!—esclamó Daniel sin poder ocultar su

alegría;—no puedes imaginarte el bien que acabas de hacerme con tus palabras.

—Eso quiere decir que amas á Clotilde.

—No quiero, no debo tener secretos contigo: desde el dia en que la ví por primera vez, me persigue su imágen por todas partes, ni aun en sueños puedo borrarla de mi imaginacion; pero este amor, que llena mi alma, me parece un atrevimiento inaudito, una locura. ¿Quién soy yo para elevar tan alto mi pensamiento? Estoy seguro de que si Clotilde supiera que la amo y que me permito tener celos de aquellos que la rodean, se reiria de mi atrevimiento.

—¡Ah! Tú no conoces á Clotilde, Daniel: su corazon es tan bello, tan sensible, que no puede ver otro corazon que sufra sin interesarse vivamente por él. Además, algunas veces hemos hablado Clotilde y yo de tí.

—¿De veras, Blanca? ¿Han pronunciado sus hermosos labios mi nombre?

—Y con un interés, que estás, sin duda, muy lejos de sospechar. Pero por Dios, Daniel, reporta tu alegría: piensa el sitio donde nos hallamos.

—¡Dices bien, soy un loco! ¡Pero si tú supieras cuánto la amo!

Esta escena fué interrumpida por Clotilde, que tomó asiento al lado de su amiga, no sin saludar antes con un movimiento de cabeza á Daniel, que se puso de pié al verla, dirigiendo al mismo tiempo una mirada algo inconveniente al baron de Labra, que despues de saludar á Clotilde, se retiró.

—¡Oh! ¡Qué hombre tan pesado!—dijo Clotilde de un modo que lo oyó Daniel.

—Señorita,—dijo el huérfano inclinándose respetuosamente delante de la hija del general Lostan,—creo que las palabras que acaba usted de pronunciar van dirigidas al baron de Labra.

—¡Oh! Sí, caballero, me cuesta gran trabajo fingir lo que no siento, y el baron de Labra me persigue por todas partes, me asedia, me molesta lo que no es decible.

—Pues bien, yo juro á usted que no seguirá molestandola mas.

—¿Qué dice usted?

—Que usted, señorita, me demostró la belleza de su corazon cierto dia: yo quiero demostrarla que soy agradecido y que no olvido á aquellos cuya imágen se graba en mi alma.

Y saludando, se alejó de las dos amigas, que se quedaron absortas mirándose la una á la otra.

CAPÍTULO III.

Ganar terreno.

Durante algunos segundos, Blanca y Clotilde no desplegaron los labios: siguieron con la vista á Daniel hasta que desapareció por la puerta del salon.

—¿Has comprendido lo que ha querido decir ese jóven?—preguntó Clotilde.

—Sí, y temo que cometa una imprudencia, porque Daniel...

Blanca se detuvo. Clotilde fijó con marcado interés los ojos en su amiga y repuso:

—¿Daniel qué? ¡acaba!

—Está enamorado de tí,—contestó Blanca inclinándose los ojos al suelo.

Clotilde se ruborizó, porque tambien ella sentia alguna simpatía hácia el huérfano.

—Lo que acabas de decirme me indica que habeis hablado de mí.

—Mientras tú tocabas las variaciones de la *Sonámbula* al piano, Daniel vino y se sentó á mi lado y me

preguntó quién era el jóven que te habia dado el brazo. Yo le contesté que se llamaba Ernesto. Entonces me hizo algunas preguntas, por las que comprendí que te amaba, pero que temiendo ofenderte, guardaba su amor como un secreto querido en su corazon.

—¿Y crees tú que Daniel será capaz de provocar al baron?—preguntó con trémulo acento Clotilde.

—Temo, por lo menos, que cometa alguna imprudencia, porque su carácter sencillo y franco no es el mas á propósito para disimular sus sentimientos.

—Dices bien; Daniel es demasiado ingénuo. Su alma noble, impresionable, puede comprometerle. Es preciso que busquemos á tu hermano. Evitemos, si es posible, una desgracia.

Clotilde y Blanca, cogidas del brazo, comenzaron á pasear por el salon, pero sin encontrar á Julio.

—¡Oh! ¡Dios mio!—esclamó Clotilde despues de trascurrida media hora,—ni veo á Julio, ni á Daniel, ni al baron de Labra, y esto me tiene desazonada, como si presintiera algo desagradable.

Trascurrieron algunos minutos: las dos amigas paseaban, dirigiendo con frecuencia los ojos hácia la puerta del salon. Por fin, el semblante de Clotilde se reanimó viendo entrar al duque de San Plácido.

—¡Duque!—le dijo saliendo á su encuentro.

—¡Ah! Saludo al genio de la música,—contestó el duque.

—¿Ha visto usted á mi hermano?—le preguntó Blanca.

—Sí, en el salon de los fumadores está con un amigo suyo de universidad; con un muchacho muy simpático, que acaba de portarse como un caballero de la edad media. Yo no he podido menos de darle un abrazo por mi cuenta y las gracias en nombre de usted, Clotilde.

—¡En mi nombre!—repitió con asombro la hija del general.

—Sí, porque ha castigado como se merecia la ridícula pedantería de un necio.

—¡Por Dios, duque! Yo necesito saber lo que ha sucedido...—añadió Clotilde sobresaltada.

—Amiga mia, cuando un hombre fátuo comete una imprudencia, siempre se complacen las almas elevadas en ver que otro hombre lo castiga, y eso es lo que ha sucedido hace poco. Solo siento no haberme hallado en el lugar del jóven que tan saludable leccion ha dado al baron de Labra.

Estas últimas palabras aumentaron la curiosidad, ó por mejor decir, el interés de las dos amigas.

—¡Pero bien! ¿Qué ha sucedido, señor duque?—preguntó Clotilde.

—Sencillamente, amiga mia: que un jóven llamado Daniel, y segun he oido decir, protegido del conde de la Fé, al oir que el baron de Labra apostaba con otros jóvenes que antes de quince dias usted seria su prometida esposa, se presentó en medio del círculo, y saludando respetuosamente, le dijo:

—Es usted un fátuo, señor baron, un impertinente ridículo, pues la señorita Clotilde de Lostan vale de-

masiado para que se ocupe de un hombre como usted.

—¡Pero Dios mio!—esclamó Clotilde,—eso puede tener fatales consecuencias.

—Sí, es lo mas probable, porque el baron, al verse tan duramente apostrofado, levantó la mano para pegar al desconocido que le arrojaba al rostro sus defectos, y entonces Daniel, con una agilidad pasmosa y una fuerza que nadie hubiera sospechado en él, cogió al baron por la cintura y lo arrojó, como si fuera una muñeca de carton, sobre un sofá.

Clotilde estaba pálida, comprendió que despues de aquel acontecimiento, un duelo era inevitable, y le causaba una pena profunda ser ella la causa, aunque inocente, de que dos hombres arriesgaran su vida.

—¿Y se batirán?—preguntó la hija del general Lostan en voz baja.

—Es lo mas probable,—añadió el duque de San Plácido;—pero desde ahora apuesto que llevará la mejor parte Daniel, y me alegraré que acepte el ofrecimiento que le he hecho de nombrarme su padrino.

—Pero Daniel es un jóven que acaba de llegar de su pueblo y no se halla al corriente del manejo de las armas.

—Eso mismo pensé yo, pero he sabido con satisfaccion por Julio, que tiene buenos maestros de esgrima y hace rápidos adelantos, pues para salir airoso de estos lances tiene, segun creo, la primera cualidad: el valor.

—La escena que usted acaba de contarme, señor duque, me ha afectado sobremanera, porque ¿habrá habido un escándalo?

—Nada de eso: el altercado pasó casi desapercibido, y esceptuando los seis ú ocho que nos hallábamos presentes, estoy seguro que en el salon, como no se refiera el hecho, nadie sabe una palabra.

—Temo que vuelva á reproducirse esa escena si se encuentran los dos.

—Para tranquilizar á usted, le diré que el baron de Labra ha abandonado la embajada, acompañado de dos de sus amigos.

Mientras tenia lugar el diálogo del duque de San Plácido con la hija del general Lostan, en una habitacion reservada de la embajada, lejos del bullicio y de la fiesta, se hallaban sentados en un sofá el conde de la Fé y Daniel.

—Estoy contento de tí, hijo mio,—decia don Fernando con paternal entonacion.—Has castigado á un insolente y eso te realza á mis ojos y á los de todas las personas de elevados pensamientos; pero ya comprenderás que si el baron de Labra, que es el ofendido, te manda sus padrinos, no te queda otro remedio que batirte.

—No deseo otra cosa, señor conde; el baron me ha sido antipático en alto grado, y si él no me busca, puede usted tener la seguridad de que le buscaré yo.

—Supongo que no tendrás necesidad de buscarle; el agravio ha sido muy directo para que Ernesto se olvide de lo que se debe á sí mismo. Sin embargo, si te dá la eleccion de armas, yo te aconsejo que elijas el sable, porque sus consecuencias son menos graves.

—Él tiene la eleccion y no le creo capaz de cederla á nadie.

—De todos modos, como el lance, en caso de que se efectúe, no será hasta pasado mañana, emplearemos mañana algunas horas en ver á qué altura te encuentras en todas las armas. Ahora, hijo mio, respóndeme con toda ingenuidad, como si estuvieras hablando al mejor de tus amigos. ¿Amas lo suficiente á Clotilde para arriesgar por ella la vida y darle, con el tiempo, el nombre de esposa?

—La amo con toda mi alma.

—Perfectamente, y te confieso que has hecho una gran eleccion, porque Clotilde vale mucho: voy, pues, á darte un consejo.

Y el conde, cogiendo cariñosamente una de las manos de Daniel, volvió á decir:

—El hombre debe procurar, en todas las acciones de su vida, ser oportuno, porque la oportunidad nos hace ahorrar mucho camino: el altercado que has tenido esta noche con el baron de Labra, estará, indudablemente, comentándose en el salon de baile, y es muy probable que Clotilde sepa todo lo que ha ocurrido.

—¿Ella?

—Sí, ella, causa involuntaria de que dos hombres se batan muy en breve, y por consiguiente, mas interesada que nadie en el buen resultado de este asunto.

—Pero, ¿quién habrá sido capaz de decirle?...

—Cualquier amigo officioso, y es de suponer que Clotilde muestre mas interés por tí que por el baron, y

serias un necio si no aprovecharas las ventajas que las circunstancias te proporcionan.

—¿Qué debo hacer?

—Presentarte en el salon con el rostro sereno y la mirada indiferente, y esperando la ocasion, ofrecer el brazo á Clotilde, ó bien para acompañarla al piano, ó bien para conducirla al ambigú cuando suene la hora del refresco. Este es un paso indispensable que tienes que dar, y cuando sientas el brazo de Clotilde apoyado en el tuyo, debes comenzar la conversacion disculpándote, ó por mejor decir, pidiéndola perdon por haber salido á su defensa.

El conde fijó los ojos en Daniel, y notando en su semblante alguna vacilacion, añadió:

—¿Te faltaria valor para decirle á una mujer, cuyas simpatías has logrado conquistarte, que la amas y que estás resuelto á perder por ella la vida? Créeme, Daniel, con dificultad se te presentará una ocasion mas propicia; tal vez mañana Clotilde olvide que has sido esta noche su campeón.

Daniel vaciló un momento, y por fin dijo con resolucion:

—Seguiré los consejos de usted.

—Yo te aseguro que no tendrás motivo para arrepentirte. Ahora nada tienes que hacer aquí; en el salon puede ser necesaria tu presencia: ánimo, hijo mio, y no olvides que si la mujer que amas es hija de un general, tú tienes por protector al conde de la Fé. Ahora dame un abrazo y Dios te dé buena suerte.

Un momento despues, Daniel se hallaba en el salon, y alentado por los consejos de su protector, se dirigió sin vacilar al sitio donde estaban Clotilde y Blanca.

Las saludó respetuosamente, y fijando en la hija del general una mirada que podia tenerse por la clara revelacion de sus sentimientos, iba á dirigirle la palabra, cuando Clotilde, adelantándose, le dijo:

—Doy á usted las gracias, Daniel, por la defensa que ha hecho usted de mí, segun me han dicho.

—¡Ah! ¿Sabe usted la desagradable escena que ha tenido lugar?

—Sí, me lo ha revelado un partidario de usted.

—¿Y seria una imprudencia preguntar su nombre?

—El duque de San Plácido.

—No tengo el honor de conocerle.

—Y sin embargo, él le aprecia á usted mucho y aplaude su conducta.

—Yo no he hecho otra cosa que cumplir con justicia lo que me aconsejaba la rectitud de mis sentimientos.

—No trate usted de oscurecer su bella accion, á la que le quedaré siempre agradecida.

Y cambiando de entonacion, fijó en Daniel una de esas miradas que penetran en el alma cuando la dirige la mujer que se ama y añadió:

—Daniel, ¿cree usted que pueden tener en su corazon alguna influencia mis súplicas?

—Serian órdenes sagradas para mí,—contestó el huérfano con una vehemencia que hizo sonreir á Blanca.

—Pues bien, yo le suplico que evite, si es posible,

que la cuestion de esta noche tenga otras consecuencias mas graves.

—Juro á usted, señorita, que por mí quedará terminada, pero debo advertirle que ignoro lo que pensará el baron de Labra.

Y como en este momento anunciara un criado que el refresco esperaba, Daniel ofreció el brazo á Clotilde, cambiando con ella algunas palabras en voz baja que solo pudo oir Blanca, que se hallaba á su lado.

CAPÍTULO IV.

Dos escenas distintas.

El general Lostan, que desde que supo que Daniel habia salido á la defensa de su hija no le perdió de vista durante toda la noche, sentia en su pecho distintos y encontrados afectos.

La nobleza, el valor con que el huérfano habia castigado al petulante baron de Labra, le enorgullecía, pensando que la sangre que circulaba por las venas de Daniel era la suya; pero al mismo tiempo una nube sombría, preñada de esa electricidad que anuncia el rayo, aparecía en el horizonte de su imaginacion, y por eso, sin duda, se dirigía con frecuencia esta pregunta:

—¿Se amarán?

Entonces se estremecía su cuerpo, palpitaba su corazón y se fruncian sus cejas, repitiendo:

—¡Oh! eso seria la mayor de las desgracias.

Por eso durante una parte de la noche no se ocupó de otra cosa que de espiar á Clotilde y Daniel, y hubiera

dado la mitad de su fortuna por leer en su corazon la impresion que se causaban mutuamente.

Por el salon habia corrido la noticia de que el ahijado del conde de la Fé y el baron de Labra se batian á muerte, y esto era otro disgusto que aumentaba el mal-estar del general.

Lostan no era bastante infame para que le fuese indiferente la vida de su hijo, si bien comprendia los disgustos que la existencia del huérfano le causaba.

Cuando observó que Daniel daba el brazo á Clotilde para acompañarla al *buffet*, se estremeció, porque en las miradas de los dos jóvenes notó algo que le daba miedo.

Entró detrás de ellos en la sala dispuesta para el refresco, y vió que Clotilde y Blanca se sentaban junto á la marquesa, quedándose Daniel y Julio detrás de ellas.

Entonces fué á colocarse en uno de los ángulos de la habitacion, desde donde podia ver perfectamente á su hija.

El general creyó notar que la marquesa estaba mas grave, mas taciturna que de costumbre, y sospechó si ella habria adivinado las simpatías nacidas entre los dos jóvenes.

Cuando terminó el refresco, el general se acercó á la marquesa, y dándole el brazo, le dijo en voz baja:

—Señora, una gran inquietud se ha apoderado de mi corazon; desearia que nos retirásemos del baile, tengo necesidad de hablar con usted y oir sus consejos.

—Pues bien, nos retiraremos al momento, si usted

gusta; puede usted decirle al embajador que me siento algo indispuesta.

Mientras el general se dirigia á presentar al dueño de la casa su disculpa, la marquesa se acercó á donde estaba Clotilde y le dijo:

—Mucho siento privarte de algunas horas de diversion, pero tenemos que retirarnos, porque me siento algo trastornada.

—Usted es lo primero de todo, madre mia,—contestó Clotilde.—Vamos cuando usted guste.

Y volviéndose á su amiga Blanca, le dijo en voz baja:

—Dile á tu hermano que se entere de lo que sucede á nuestro amigo, y ven mañana á decírmelo.

Media hora despues, el general Lostan y doña Beatriz se hallaban en el gabinete de ésta manteniendo el siguiente diálogo:

—Creo, señora, que un nuevo peligro, que pudiera ser causa de graves y grandes disgustos, nos amenaza,—dijo el general.

—¿Y qué peligro es ese?—preguntó la marquesa vivamente interesada.

—Usted no ignora, señora, que esta noche ha habido en el baile un lance desagradable.

—Sí, me han referido que ese jóven que con tanta generosidad protege el conde de la Fé, ha salido á la defensa de nuestra hija.

—¿Y no adivina usted el por qué se ha proclamado defensor de Clotilde el protegido del conde de la Fé?

—Lo ignoro, caballero.

—Pues bien, yo voy á decírselo á usted, señora marquesa: porque Daniel ama á Clotilde.

—¿Y qué me importa á mí que ese jóven ame á mi hija?—contestó con marcado desden doña Beatriz.

Aunque estas palabras hicieron mucho daño al general, procuró dominarse y volvió á decir con una entonacion profunda y sombría:

—¿Y si Clotilde amara á Daniel?

La marquesa se estremeció, y girando con espanto los ojos dentro de sus órbitas, se quedó con la mirada fija en el general, diciendo:

—No, eso no es posible, porque á ser cierto, bien podria usted asegurar, general, que era para nosotros la mayor de las desgracias.

—Así lo he comprendido, señora, y por eso durante toda la noche no he dejado ni un momento de espiarles, porque ese amor, que ha cruzado por mi imaginacion como una sospecha terrible, es una idea que me espanta, y es preciso á todo trance evitar una desgracia.

—Hé aquí, general, las consecuencias...

—Señora: yo ruego á usted que no evoque recuerdos del pasado. Nuestro deber se reduce á salvar á nuestra hija del peligro que la amenaza: si ama á Daniel, será preciso que le olvide.

—Pero si ese amor que usted sospecha es cierto, si ha llegado á impresionar el alma de nuestra hija, ¿qué razones podrá usted emplear para convencerla de que le olvide?

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas, en fóleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.^a